

La batalla de Covadonga y la «Ostpolitik»

En el salón, variada gente, de profesión sus letras. Letras de protesta y letras protestadas. Escritores, periodistas, editores, distribuidores, directores literarios y literatos dirigidos. Anónima esta fecha: 16 de octubre de 1972. Una fecha tan importante para las letras castellanas como aquella en que la correspondencia entre Navagiero y Juan Boschán incorporó el endecasílabo a la lírica hispana. 16 de octubre de 1972, en el hotel Ritz barcelonés, Carlos Barral y Juan Manuel Lara, Jr., lanzan la Nueva Novelística Española. Barral y Lara Jr., ocupan la presidencia en compañía de Carlos Pujol, director literario de Editorial Planeta. Frente a ellos, la variada concurrencia descrita, en su mayor parte heredada del glorioso día anterior. En el glorioso día anterior se había concedido el Premio Planeta a un escritor colombiano fallecido, y el título de finalista, a una escritora cubana de Miami.

Peró el lunes la cosa cambia. Jaime Gil de Biedma ha escrito en uno de sus mejores poemas: «... quizá tengan razón los días laborables»; y en este día laborable, Barral, Lara Jr., y Carlos Pujol plantean el lanzamiento de doce novelas, doce de autores españoles, doce, como un desafío frente al imperialismo cultural criollo. Lara Jr., tomó el primero la palabra y planteó la batalla de Covadonga de la reconquista literaria: «En España hay buenos novelistas que han permanecido en la penumbra bajo el "boom" latinoamericano. Barral, por su cuenta, y Planeta, por la suya, se proponen sacarlos a la luz, limpiarlos de cualquier complejo de inferioridad y levantar el crédito de la futura narrativa española».

Barral habla a continuación y subraya las palabras de Lara Jr. Insiste en los argumentos que ya desgranó en su artículo publicado por TRIUNFO, un artículo que fue algo así como el manifiesto de la ope-

ración conjunta Planeta-Barral Editores. «Este extraño maridaje literario —recalca Barral— sólo obliga a relaciones diurnas de promoción para el lanzamiento del "boom hispano". Por la noche, nada de nada. No quedaron muy convencidos los contertulios, porque en el coloquio posterior le preguntaron a Barral si Planeta le había ayudado a conseguir un crédito del Banco Atlántico. «¿De qué crédito me hablan?». Y al decir esto Barral reprimió un instintivo gesto de enseñar los bolsillos vacíos.

Otro contertulio (luego se dijo que era El Sastre de la capa de Luis Candelas, colaborador habitual de «Hermano Lobos») preguntó si la unión coyuntural entre Barral y Planeta era algo así como la «Ostpolitik» para la editorial de los Lara. «Nada de "Ostpolitik". Vamos a editar buena literatura, independientemente de si la escribe gente de izquierdas o gente de derechas. Cada editorial seguirá su línea».

Alguien pregunta si Barral va a ser absorbido por los Lara. Desde su elevada estatura, Lara Jr., testimonia que Barral no se deja absorber. Barral asiente con la cabeza, melena y barbas comprendidas. Se habla de los escritores que van a entrar en el lote: Vaz de Soto, Vázquez Montalbán, López Pereira, Gabriel y Galán (nieto), Ramón Hernández, Ana María Moix, Sánchez Espeso, García Hortelano, Javier del Amo, Antonio Ferrés, Félix de Azúa, Fernández de Castro (sobrino).

Barral y Lara Jr., posan para la posteridad y para los fotógrafos. De momento, Planeta ya entrega a los asistentes los tres primeros títulos recién salidos del horno: *La última llave*, del onubense Federico López Pereira; *Diálogos del anoecer*, de José María Vaz de Soto, y *Yo maté a Kennedy*, de Vázquez Montalbán. Las relaciones públicas de Planeta han funcionado mejor porque no sólo hay libros ya encuadernados, sino también una hojita explicativa del plan. Barral parece preocupado, y no es para menos. Acaba de ser procesado y puesto en libertad bajo fianza (20.000 pesetas) por una

denuncia «particular» contra la publicación de una obra de Antonin Artaud. Un libro que incluso había pasado consulta previa. Los hay más papistas que el Papa.

Entre el público, murmullos y comentarios. Los hay que están de acuerdo con la «Ostpolitik» de Planeta. Los hay que no están de acuerdo con el reformismo barraliano. Tampoco faltan los que insinúan que ante la imposibilidad de fichar latinoamericanos, Barral y los Lara no han tenido más remedio que volver a la cantera. Predomina una cierta expectación a ver qué pasa, a ver si es posible pasar de la página cuatro de cada una de las novelas prometidas. No falta quien resalta el contraste entre el domingo y el lunes. El domingo, el Premio Planeta para América, y el lunes, la «pedrea» para España.

Peró todas las batallas de la Reconquista empiezan en poca cosa y luego se complican. En mi opinión, tal vez la novelística española necesite un relanzamiento a bombo y platillo que levante los ánimos. Lo cual no debe hacerse en sustitución de nada ni de nadie. A Vargas y García Márquez, lo que es de ellos, y a los maletillas hispanos, su oportunidad. Entre los maletillas hispanos predominan los que repiten. Se procuró eludir el adjetivo «novisimos» para evitar el lío que se armó cuando Castellet lanzó a los «novisimos» en poesía y porque Ferrés y Hortelano no lo son.

Peró el lío va a ser inevitable, y se admiten apuestas sobre si el bombo y platillo va a despertar o aturdir. ¿Van a ser estos novelistas víctimas de una expectación que dificulte la operación de leerles? ¿Se les va a leer? De momento, ya se sabe que sus fichajes no han tenido la cantidad de ceros con que Seix y Barral ha tentado a Vargas Llosa, Sánchez Ferlosio o Juan Benet. El equipo experimental de Barral y Planeta llega con un cierto crédito, derivado en su mayor parte de otros campos de la escritura (poesía y periodismo). Peró también juega con un

defensa escoba veterana y solvente, el García Hortelano, precipitadamente enterrado antes de muerto, y ese extremo izquierda llamado Antonio Ferrés, que ha cambiado la piqueta de sus orígenes por la flauta contracultural. ■ B. d'O.

Merino en el «Sitio de Tarifa»

Es más que razonable el recelo que suele sentirse hacia todo primer libro de poesía; recelo que no nace tanto del temor a tropezarse con una obra inmadura, deshilvanada y pretenciosa, como de esa vaga impresión que invade a uno cuando se enfrenta al posible riesgo de perder lamentablemente el tiempo leyendo unos poemas que han de caer en el más pladoso de los olvidos. La poesía —como la violencia, como la alienación en cualquiera de sus múltiples formas— es una de las grandes tentaciones a que está sometido el ser humano. Sólo de este modo puede uno explicarse la existencia de especímenes literarios tales como, por ejemplo, el poeta vergonzante que esconde sus versos en un cajón cerrado con llave, el rimador ufano de sí mismo que publica a sus expensas libros objetivamente intocables, o el bardo semi-áulico que acapara galardones en juegos florales provincianos, exaltaciones hagiográficas, sublimaciones de efemérides patrióticas y apoteosis agropecuarias.

Todo primer libro de poesía constituye, en principio, una amenaza para el lector y una tortura para el crítico. Esta es, por desgracia, la regla general, y muy pocos poetas primerizos se escapan a ella. Las excepciones son escasas; casi, diría, homeopáticas. Por eso, cuando se producen, es justo y necesario reconocerlas. «Sitio de Tarifa» (1), de José María Merino —nacido en La Coruña en 1941, residente en León durante muchos años, actual vecino de Madrid, licenciado en Derecho, funcionario público y padre de dos hijos—, es una de esas rarísimas excepciones. Líneas arriba se aseguraba que los primeros libros de poemas suelen ser inmaduros, deshilvanados y pretenciosos. Pues bien, «Sitio de Tarifa» es precisamente todo lo contrario. Si hubiese que definirlo en tres palabras, éstas serían: madurez, cohesión, sencillez. Veamos por qué.

«Este es, a mi modo de ver —señala Javier Alfaya en su prólogo a «Sitio de Tarifa»—, uno de los aciertos fundamentales del libro de José María Merino: crear un libro que no sea un conjunto de poemas, sino algo más: un solo poema largo, de aliento sostenido a través de sus diferentes secuencias». No se trata en este caso de un obligado elogio de prologuista. En «Sitio de Tarifa», la niñez y la

(1) José María Merino, «Sitio de Tarifa». Prólogo de Javier Alfaya. Colección de Poesía Saco Roto. Ed. Hellos. Madrid, 1972.



adolescencia del poeta se presentan como un todo unitario, engranado por objetivaciones concretas y alusiones personales a temas que fueron entrañables a ciertos sectores de toda una generación española: los «comics» de posguerra, los mínimos instantes domésticos, las lecturas infantiles, el cine, los juegos solitarios de la imaginación, las primeras visiones sangrientas, los miedos, el descubrimiento de las desazones sociales, los mitos colectivos... José María Merino ha retornado a la fuente primera de toda actividad poética. Es decir, ha conseguido —como explicara Cesare Pavese, refiriéndose a su primera obra poética, *Lavora stanca*— «dar como un todo suficiente un complejo de relaciones fantásticas, en las cuales consista la propia percepción de una realidad». En el libro de José María Merino, El Guerrero del Antifaz llora una miga de pan, las camas se transtancian en carretas del «Farwest», el cofre de los piratas está lleno de regaliz, los cerdos mueren rodeados de vestales, las ciudades desaparecen de la noche a la mañana, el Sacamantecas acecha a la vuelta de todas las esquinas, las cocineras ennegrecen las palabras y evocan «los modos de las madres sanguinarias», los arqueólogos buscan goma de mascar, Jesucristo hace «su gimnasia/entre flores y santos y columnas», los numerosos hijos de Guzmán el Bueno —¿está, acaso, entre ellos el poeta?— juegan y comen bocadillos ante los muros de Tarifa... Si, todo es rigurosamente cierto. La infancia y la adolescencia del poeta no son más que eso: una nostálgica amalgama de situaciones intranferibles. José María Merino no ha pretendido en ningún momento —salvo en un «Epílogo», a mi juicio, totalmente fuera de lugar— traspasar unos límites espaciales y temporales. «Un poeta que no evoque alguna vez su niñez o su adolescencia —se afirma en el prólogo—, no es un poeta; posiblemente sea un simulador o un hábil artesano». En nuestro caso, la evocación es constante. Pero